

países que la componen. Misión de las izquierdas políticas en los diversos Estados es dar a la Sociedad de las Naciones toda la autoridad y la eficacia. Socialismo, Sociedad de Naciones, dos notas nuevas, universales las dos, que han triunfado en las elecciones de Inglaterra y de Francia, y que ensanchan el horizonte de las antiguas fuerzas democráticas en todo el mundo.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

La batalla civil del Marne

LA Francia liberal, la clásica, ha dado un elegante puntapié a los energúmenos que se obstinaban en perder la guerra. Esta Francia es la que nosotros admiramos, la Francia república y democracia, no la Francia imperio. Cada país contiene muchas patrias en pugna perpetua. Cada ciudadano simboliza una patria real o ideal, que se quiere imponer a la de los otros ciudadanos. En la fluidez sin fin del tiempo, a esta lucha de patrias interiores se le llama historia; en sus momentos aislados, presentes en su actualidad, se llama política. La idea de patria única, dentro de una nación, corresponde a un estado de puericia mental. El hombre de pensamiento rico no excluye, antes desea, la mayor variedad de conceptos patrios, encarnados en programas y partidos. En este sentido, pocos países son tan fértiles como Francia en multiplicidad de patrias, unas vencidas ya históricamente, pero todavía no muertas, y otras esforzándose por revestir la idea de carnadura de realidad.

Estamos con la Francia clásica, que es a la vez pasado y porvenir, concepto perenne de libertad y democracia. No háy galofobia en el hecho de no estar acordes con todas las patrias francesas. La Francia de Daudet y Maurras, de Poincaré y Millerand, de los banqueros y los grandes fabricantes, no es nuestra Francia. Este posesivo es algo más que una imagen literaria. Es una realidad histórica y política. Francia, como pueblo creador de historia, pertenece al mundo entero, como pertenece su arte y su literatura. Si en un acceso de vesania colectiva los franceses determinasen destruir las obras de Rodin o recoger y quemar todos los libros de Anatole France que ruedan por el mundo, tratarían de impedirlo todos los hombres civilizados; incluso llegaríamos a defender, fusil en mano, si fuera preciso, las malas copias del primero y peores traducciones del segundo que andan por ahí. Pues esto mismo estamos obligados a hacer con su política: si Francia quiere desnaturalizarla y envilecerla, protestaremos cuantos vemos en la historia política francesa de las dos últimas centurias una obra de arte que ya no es de exclusiva pertenencia de Francia, sino de toda la civilización occidental; aunque haya franceses de estrecha mentalidad que interpreten este profundo y, por lo tanto, condicionado amor a su país como una fobia sistemática y sospechosa. Sólo lo epidérmico

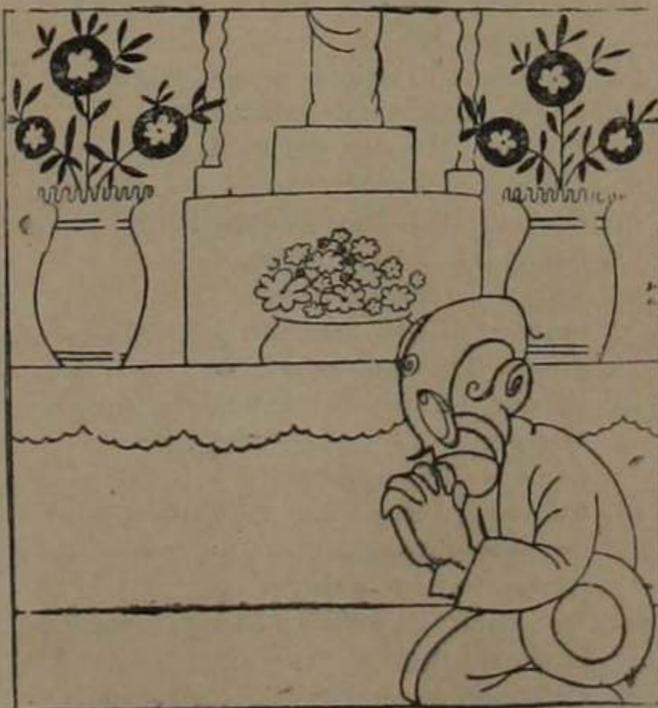
o interesado ofrece una adhesión incondicional.

El apretamiento de las comunicaciones internacionales, la creciente interdependencia de la economía y la política de todos los pueblos, el progresivo alongamiento del radio de una civilización común, que hasta hace poco se circunscribía a Europa y ya se extiende a América, Oceanía, Asia y hasta Africa, y la acelerada sensibilización del individuo para el Derecho, son peculiaridades de la Historia contemporánea, que están haciendo del hombre en general un ciudadano del mundo. Ya no nos son extraños ni los movimientos interiores y exteriores de los pueblos más remotos. Ahora mismo seguimos con interés las mutaciones de la política japonesa, como hace poco seguíamos la de Grecia, Turquía y Persia. Pero que un pueblo nuevo, como los Estados Unidos, cometa un atropello en el centro de América no nos duele tanto como que lo cometa Francia en el centro de Europa; porque en ambos, ciertamente, se viola el Derecho; pero en el segundo caso, además, se desprestigia toda una historia, sin que este descrédito alcance por igual a una historia incipiente y todavía no dotada de radiación universal como la de la República norteamericana. Este distinguo explica que combatamos la depredaciones de los Estados Unidos sólo en nombre del Derecho — vinculado en nuestro caso particular de españoles con el hispanismo —, y las depredaciones de Francia en nombre también de la significación histórica de la propia Francia. Frente a otros pueblos menos civilizados somos fiscales y defensores de las víctimas; frente a Francia, queremos ser, antes que otra cosa, una partícula de su mejor conciencia.

Plegaria,

por Bagería.

«En el Japón tienen un gran triunfo las izquierdas».



—¡¡¡Dios mío, quien pudiera conseguir este triunfo, aunque fuera japonés!!!

Por esto nos congratulamos sobremanera de que las últimas elecciones destierren del Poder público al dogo Poincaré, obstinado en desviar a Francia de sus gloriosas tradiciones de maestra de pueblos, y aparten de sus aledaños a los estruendosos gozquecillos de la Acción Francesa y a los perros alforjeros de las forjas y la banca. Francia ha estado a punto de perder idealmente la guerra. Lanzada al combate contra el imperialismo, se contagió, como es frecuente, de los pecados del enemigo, que, vencido en los campos de batalla, conquistó al vencedor con su espíritu. Todos estos años transcurridos desde 1918 los ha empleado Francia en derrotar al enemigo extraño que había penetrado en su conciencia. Ya fué mucho que, concertada la paz, obligara a sus caudillos militares a recluirse de nuevo en sus cuarteles; por no haberlo hecho Alemania, que estaba mas obligada, vive en continuas agitaciones. Ya fué mucho que mandara a Clemenceau a darse una vuelta por lejanos continentes. Pero quedaba Poincaré, tenaz, implacable, ciego, como un Hindenburg sin uniforme que hubiera usurpado la nacionalidad francesa. Y quedaban Millerand, los nacionalistas vesánicos y los fabricantes y banqueros codiciosos. Las elecciones han barrido todo eso. Francia recoge el hilo de oro de su tradición liberal y democrática. La Francia de la Revolución y de la Comuna de París, muy desmembrada estos últimos años, ha renacido enérgica y, a la larga, siempre leal a sí misma en las urnas. No nos importa que gobierne Briand, o Herriot u otro; lo importante es que hayan sido derrotados Poincaré y su bloque de apetitos intransigentes e insaciables.

Temíamos que la victoria de los partidos extremos en Alemania hubiera comprometido las elecciones francesas. No ha sido así. Eso prueba que la Francia mejor — nuestra Francia, — cuando oye la voz del deber, no se deja influir ni por el temor ni por especiosas argucias. Así la queremos siempre: fiel a su propia historia y a su conciencia civil. Es lástima que las elecciones francesas no hayan precedido a las alemanas; probablemente, el resultado de éstas hubiera sido otro. Pero ahora que ha triunfado la Francia de la razón y la concordia sobre la del instinto y la presa, Alemania no podrá ampararse en juegos desleales a pretexto de la inexorabilidad francesa. Y he aquí la paradoja: esta Francia pacifista e inconquistadora que ha ganado el Poder en las urnas contará con el apoyo moral de todo el mundo para ejercer sobre Alemania la presión que la fuerce a dar las reparaciones obligadas de justicia. Francia e Inglaterra, unidas ahora otra vez para diáfanos fines de paz y derecho, reconquistarán de nuevo el aliento espiritual de los otros pueblos, que habfan perdido con sus torpezas y ambigüedades. En esta sorda guerra de pacificación que aún sostiene Europa las elecciones francesas de 1924 son la gran batalla civil del Marne.

LUIS ARAQUISTAIN

(El Sol, Madrid).